

DE VUELTA Y CON EL CAJÓN ORDENADO**BACK AND WITH THE DRAWER ORDERED**

Castelló A.
Departamento de Medicina Legal y Forense.
Universitat de València.
España.

Correspondencia: Ana.Castello@uv.es

Era el veintitrés de septiembre de dos mil dieciséis.

Como es habitual en mí, me levanté con muchas cosas que hacer, todas ellas embutidas y dando vueltas en la cabeza (aunque llevo la necesaria agenda, tengo la mala costumbre de confiar en la memoria). En ese momento tenía montones de planes, que incluían mis cursos, los Máster en los que participo y un viaje a Guatemala que me hacía mucha ilusión. Pero algo no salió como esperaba y ese día lo acabé en el hospital, en la Unidad de Cuidados Intensivos (UCI en adelante) para ser exactos.

La causa, un gravísimo derrame cerebral del que al principio no había muchas esperanzas de recuperación. Había que esperar al día siguiente a ver si pasaba la noche.

Y la pasé.

Imagino la angustia de los que me quieren y lo que debieron sufrir en la interminable espera.

Por mi parte, en mi memoria –y afortunadamente debo añadir– no encuentro ni rastro de la estancia en la UCI, aunque he constatado que los profesionales médicos, de enfermería y auxiliares, sí que se acuerdan.

Desde estas líneas mi gratitud hacia ellos, que -aunque dicen aquello de “*solo cumplo con mi trabajo*”- es mucho más de eso lo que hacen.

El primer recuerdo se sitúa ya en planta, en una cama de hospital, donde me di cuenta enseguida de que la parte derecha de mi cuerpo no existía.

También tenía muchas dificultades para hablar y mi cabeza no estaba en las mejores condiciones.

En verdad y para no mentir, debo admitir que su estado era desastroso.

Era como un cajón desordenado. De esos que sabes perfectamente que lo buscado está ahí, pero no eres capaz de encontrarlo.

El caos es total y por muchas vueltas que des, nada consigues.

Con todo, por alguna inexplicable razón, no me desesperé en absoluto. Simplemente pensé, “*Ya podré con esto. Veréis como sí*”.

Sinceramente estoy segura de que eso fue autodefensa en estado puro, para no entrar en pánico y no valentía; pero ayudó de todas formas.

Desde el hospital “*Clinico Universitario*” me trasladaron al hospital “*Doctor Moliner*”, donde con tiempo y paciencia me puse en pie, para tratar de caminar otra vez.

“*Me puse en pie*” en todos los sentidos, porque también mi cabeza comenzó a trabajar de nuevo. Muy lentamente y con dificultades, pero adelantando cada día. Sin prisa pero sin pausa, que ha sido mi frase repetida hasta el cansancio a todas horas.

Incluso superé con éxito la prueba del reloj¹.

Debo decir, aunque sé que no hace falta, que mi familia fue como siempre, los que se pusieron a mi lado para ayudar a salir adelante. Trabajaron junto a mí sin cansancio ni desánimo, contribuyendo a superar los baches que haberlos, los hubo.

La última etapa del episodio está transcurriendo en el hospital “*Valencia al Mar*”, donde empecé a ir en enero de 2017.

Y allí sigo un año después, perfeccionando detallitos que aún quedan por afinar.

Principalmente debido a que he recuperado todas las facultades, excepto la seguridad.

Es curioso porque hago todos los ejercicios bien y con rapidez pero luego, inmediatamente, pienso que igual están mal y reviso mil veces.

Me dicen que esta inseguridad se me pasará sin duda y en eso estoy ahora mismo.

Tengo a los mejores terapeutas de mi parte, así que nada puede ir mal. Ellos han conseguido ordenar *mi cajón* de nuevo.

Me gustaría escribir la lista de personas que han hecho posible mi recuperación –además de mi familia, mis compañeros, amigos, profesionales (amigos ya también)- pero sería tan larga que excede la capacidad de este Editorial.

Así que sólo diré que son muchos, maravillosos y que les debo la vida.

Impagable, sin duda.

De todo corazón, ¡GRACIAS!

Soy afortunada por tenerlos a todos.

¹ Se trata de dibujar la esfera de un reloj y poner las horas. Imposible para mí en ese momento, aunque parezca mentira.